

ANTIGUAS BIBLIOTECAS.

Desde los primeros tiempos de la historia reconocieron los hombres la necesidad de perpetuar ó transmitir á sus semejantes sus propios sentimientos, los sucesos de que fueron autores ó espectadores, los conocimientos que atesoraban: y ya los impeliese la piedad, la vanidad ó el capricho, dejar tras sí un recuerdo, un monumento de su paso por la tierra. Bibliotecas propiamente dichas, no pudieron existir sino despues de la invencion de los caracteres y del descubrimiento del papiro con que se formaron los primeros rollos.

La primera biblioteca de que haya noticia se fundó en Egipto, mil cuatrocientos años ántes de Cristo. Osimandías, el rey, con un objeto religioso sin duda á la mira, mandó recojer todos los libros sagrados y antiguos, en papiro, piedra ó metal y que se depositasen en dos cámaras interiores del palacio de Thebas. En las jambas de las primeras de dichas puertas habia grabado en un lado Thoth, el inventor de las letras, en el otro su compañera, la diosa Suf,—es decir,—el «presidente de la sala de los libros» y «la señora de las letras.»—En el arco de entrada se leian estas palabras.—*Psyches Iatraion*—dispensario del alma, ó depósito de medicina para el pensamiento. Durante la invasion de los persas bajo Cambises, pereció la biblioteca; pero las ruinas del templo, que aun pueden verse en su sitio original, conservan huellas del lugar que ocupó aquella. Ni fué esta la única coleccion de escritos que contenia el antiguo Egipto, como se prueba por el hecho de haberse descubierto en varios sepulcros inscripciones que han sido descifradas y se refieren á las asignaciones de tierra para erigir bibliotecas al rey. Una, por ejemplo, cerca de la gran pirámide de Cheops, hace alusion á «la tierra de la biblioteca de Sufis,» y dos mas en el mismo distrito, las cuales especifican que aquel terreno estaba consagrado á la biblioteca de Sefes.»

Los israelitas se aprovecharon de la civilizacinn del Egipto y no tardaron en imitarle. Su gran caudillo, Moises, que fué el que mas se aprovechó de ella, consumió muchos años en reunir documentos históricos de varios autores, y compilándolos, formó con ellos una narracion continua, que él aumentó con las noticias de sucesos contemporáneos y un código legal. Los libros así formados, constituyeron las base de las bibliotecas que despues se establecieron, tal como aquella que probablemente existió en Xirjath Sepher (la ciudad del libro) y que con los archivos geneológicos y nacionales contenia las rapsodias de los profetas, los versos de los vates y los oscuros dichos proverbiales de los filósofos. Entre las principales contribuciones á ese monumento literario debieron hallarse las obras del sabio rey Salomon, que pronunció tres mil proverbios, que compuso mil cinco cantos, que habló de árboles desde «el cedro que crece en el Líbano, hasta el hisopo que brota en las grietas de las praedras,» que tambien habló, con método científico, de las bestias y de las aves, y de los seres que se arraistran y de los peces. La mayoría de las obras que debieron ocupar las tales bibliotecas, por supuesto que se han perdido, á causa de las desgracias de Judea, quedando apenas una que otra huella de unos cuantos escritos, en los libros que por razones religiosas han podido conservarse.

BIBLIOTECA ASIRIA DE BARRO.

Solo en la mas lata acepcion de la palabra puede aplicarse el término *biblioteca* á las colecciones de escritos asirios que las modernas pesquisas han sacado á luz. Como se sabe, los asirios grababan sus pensamientos con caracteres cuneiformes, en ladrillos preparados, en tejas y cilindros de barro, que, así escritos, los endurecian al fuego. Trazas de una «biblioteca pública de barro» las ha encontrado un investigador frances en una proclama de Sardanápulo V, «rey de Asiria, rey del mundo,» dada unos seis siglos y medio ántes del nacimiento de Cristo. Este poderoso monarca participó á su pueblo que Nebo, Dios de la suprema inteligencia, que habia revelado á sus predecesores los misterios de la cuneografía, ayudado de la diosa Ormuth, le habia calificado á él especialmente para comprender y hacer conocer los principios ó el fundamento del gobierno, y que los habia hecho grabar en tablas, las cuales debian colocarse en el centro de su palacio para instruccion. Tal fué, en breves palabras, la biblioteca de los asirios.

BIBLIOTECA GRIEGA.

Se atribuye á Pisistrato la gloria de haber sido el primero que fundó una biblioteca pública en Atenas, aunque á decir verdad, solo hay pruebas de que tomó activa parte en esa empresa. Sin duda tiene mas visos de verdad la suposicion de que Aristóteles fué el fundador. Lo

cierto es que la biblioteca, sin duda respetable, que las obras del gran Stagirita componian, se aumentó con las juiciosas colecciones que él mismo fué agregando. Dicha biblioteca, aumentada por Teofrasto, vino á manos de un tal Neleo, quien la llevó á Scepcis, en la Troade. Segun unos, despues Ptolomeo Filadelfo la compró y se la llevó de Scepcis á Alejandria. Segun otros, semejante venta y traslacion no ocurrieron sino en la imaginacion de un visionario. Por cierto tiempo estuvo oculta en una cueva para ocultarla de la rapacidad de los agentes del rey de Pérgamo, quien solicitaba libros de todas partes á fin de aumentar su biblioteca y rivalizar con Alejandria. En ese lugar el ménos á propósito, estuvo oculta la tal coleccion de libros largo tiempo, hasta que, maltratada por la polilla y la humedad, hubo que vendérselo á un bibliófilo de aquellos tiempos llamado Apelicon de Teos. Este, se dice, en su intento laudable, aunque desgraciado, de restaurar pasajes imperfectos ó mutilados, corrompió el texto. Al cabo tras mil vicisitudes en Grecia, la trasladaron á Roma, con las colecciones de Apelicon en tiempo de Sila, despues de su feliz campaña contra Mitrídates.

BIBLIOTECA ALEJANDRINA.

La mayor de la antigüedad fué sin duda la de Alejandria. Casi trescientos años ántes de Cristo, probablemente por consejo de Aristóteles, la fundó Ptolomeo Soter, agregada al museo, especie de academia donde se reunian los sábios para estudiar la filosofia y las ciencias. Se dice que bien pronto llegó á contener 100,000 volúmenes colectados por comisionados para obtener por compra los mas raros escritos en Gresia y Asia. Con el objeto de aumentar la coleccion, varios de los Ptolomeos adoptaron una política la mas arbitraria del mundo, pues arrebatában todas las obras que importaban los extranjeros, los originales los guardaban en las salas de la biblioteca, y las copias que hacian sacar se las entregaban á sus dueños. Aun se dice que Evergetas, uno de los mas sabichosos Ptolomeos, durante un hambre en Atenas, prohibió la venta de granos egipcios á los atenienses, hasta obtener de ellos la promesa de que entregarían los escritos originales de Sófoles, Esquilo y Eurípides. Lo cual se efectuó á su debido tiempo, enviándose á los propietarios de aquellos las copias, con el encargo de que podian retener para sí el dinero dado en prenda, unos 14,000 pesos de nuestra moneda.

Ni se contentaron los reyes de Alejandria con darle á su biblioteca el ensanche posible; se opusieron por todos los medios á su alcance, á que otros allí formaran colecciones que pudieran hacer sombra á la suya. Así, prohibiendo la exportacion de papiro, se propusieron arruinar ó estancar la biblioteca de Pérgamo. Colmado al fin el Museo con unos 400,900 volúmenes, fué preciso erigir una sala para libros en el templo de Serapis. La coleccion mas antigua, por desgracia, accidentalmente se destruyó, durante la primer guerra alejandrina. Quedó intacta, sin embargo, en el Serapeum con 300,000 volúmenes que gradualmente se aumentaron con donaciones hechas; sobre todo con la de Marco Antonio á Cleopatra, que consistía de 200,000 volúmenes robados de la biblioteca de Pérgamo.

Tambien fué destruida esta segunda y mas grande coleccion, por orden de Teófilo, arzobispo de Alejandria. Con todo eso, cual el Fénix de sus cenizas, no tardó en formarse una tercer biblioteca. Reunidos libros con esquisito esmero y diligencia, logró fundarse la biblioteca, la cual existía en 642 de la era cristiana. Pero apoderados los sarracenos del bajo Egipto, el califa Omar, por despacho, mandó quemar los libros. Como alguien le observara que debia revocar la orden, dicen que el lugarteniente contestó: «Si esos escritos griegos concuerdan con el Coran, no hay necesidad de conservarlos; si desconfían, son perniciosos y deben quemarse.» Distribuyéronse en 4,000 baños de la ciudad los volúmenes de papiro y pergamino y tan grande era su número, que seis meses apenas bastaron para reducirlos á cenizas. Así desapareció la biblioteca mas soberbia y completa de la antigüedad.

FRAGMENTO DE UN POEMA INEDITO.

En tanto que el semblante macilento
La luna tras los árboles asoma,
Reclínate en mis brazos y oye un cuento
Para cerrar tus ojos de paloma.
Era una noche, lánguida, como esta
Tibia, impregnada de perfumes mil;
El arroyo gemia en la floresta
Y la brisa dormía en el pensil.

Poblaban el espacio esos rumores
Cuyo origen no es dado conocer,
Que parecen suspiros de las flores
O murmullos de un alma de mujer.
Todo era calma, la montaña, el llano,
El blanco caserío, el lago azul,
Y hasta el negro pinar, que allá lejano,
Envolvía la bruma con su tul.

De vez en cuando, vagarosa estrella,
Dejando mil diamantes tras de sí,
Atravesaba en luminosa huella,
Aquel profundo cielo azul turquí.
Y en lo alto del cenit, la blanca luna,
Vertía de su luz ancho raudal.
Que iba á argentar la trémula laguna,
Salpicando de plata su cristal.

¡Cuántas noches como esa, sollozando
En su laud, vagara el trovador,
Mientras en el castillo, suspirando,
Sus ecos recojia Leonor!
¡Cuántas el muro del jardín sombrío,
Escalara furtivo algun doncel,
Entrando en el verjel con el rocío,
Saliendo con la aurora del verjel!

¡Cuántas, sobre las ondas armoniosas
De los remos al plácido rumor,
Se meciera, entre un lecho de albas rosas,
Gentil pareja en brazos del amor!
¡Y cuántas ¡ay! perdido peregrino,
Huérfano del amor y del hogar,
En vano buscaria algun camino,
Que, tal vez, nunca, debería hallar...

Así era aquella noche; en el castillo,
Que eleva al cielo, negro torreón,
De mortecina luz, el ténue brillo,
Iluminaba, apenas un balcon.
Dió las doce el reloj; el centinela,
Su voz en la alta almena dejó oír...
Pero cierra tus ojos de gacela,
Que este es, mi bien, un cuento de dormir.

NICOLAS GRANADA.

LA MUJER.

Sin que guie nuestra pluma la presuncion ó el afán de nivelarnos á tantos poetas y filósofos como son los que se han ocupado del mismo asunto, nos atrevemos á emprender el estudio de la mujer.

Asunto es este que ha sido comentado en todos sentidos y en cuantos estilos se conocen.

Y por lo mismo que difieren tanto los conceptos de unos de los otros, prueban que son pocos los que reúnan la cualidad de verdaderos.

Curioso en extremo seria un cuadro donde estuvieran condensados todos los pensamientos emitidos respecto á la mujer.

Alfonso Karr, este infatigable investigador, despues de dedicar al estudio de la mujer tomos y mas tomos, cierra su último con la célebre sentencia de: *nunca se dirá lo bastante de las mujeres.*

¿Qué verán en la mujer de enigmático, de incomprendible, para que todos digan que ella lo mejor es calar?

El deseo pues de descifrar esto enigma, es lo único que nos ha inducido á emprender este estudio.

Para ello nos ha sido imprescindible el dejar aparte el corazon, el alma, la mente y aun la edad.

Es decir, desprendernos de todo cuanto es capaz de apasionarse, á fin de no vernos expuestos á una retractacion ú obligados á desistir del propósito formado.

Lo cual indica que hemos estudiado esta cuestion como lo hubiéramos hecho con un problema de matemáticas, friamente.

Explicado, pues, el porqué, el cómo, y de lo que vamos á tratar entremos de lleno en el asunto.

* *

«La mujer es toda corazon»: nos dice un poeta es decir, el idealismo.

«La mujer es en facultades intelectuales inferior al hombre, superándole en cambio en las morales;» sienta un médico, esto es, el escalpelo, el materialismo.

De estas dos aserciones emitidas por caracteres opuestos, se desprende que la mujer es algo, no mucho diferente de la mayoría, de los hombres.

[Y digo mayoría porque hay hombres en quienes parece que la naturaleza se ha equivocado.]

En efecto la mujer siente mas que piensa.

La mujer nace para amar: mas aun, nace amando es la encarnacion del amor.

No la pregunteis nunca si ama, porque os dirigirá una mirada tal de estrañeza que leeréis en ella las palabras *nécio, ignorante*.

Pedidla á quien ama y entónces, si os mira con ojos tristes, melancólicos; si os dirige una débil sonrisa como de agradecimiento por vuestra atencion, y no os contesta, entónces es prueba de que no ha encontrado aún el equivalente al ideal en quien sueña, á quien aguarda, por quien suspira, para quien vive.

De modo que la mujer puede sin mentir decirnos: amo y no sé á quien.

Por qué para ella el hombre no es sino la realidad de un ideal preconcebido en su mente. Y como cada vez que cree reconocer en uno algunas de las cualidades propias de su ideal, presume haber llegado al fin de su camino, ama á este hombre hasta el extremo, hasta la divinización.

Pero como posee por excelencia la facultad de la comparacion, á medida que descubre la diferencia que entre los dos existe, la distancia que separa al uno del otro, va trocando en aversion el afecto, y en diferencia la simpatía, dirigiendo esta á aquel que se le presenta con mas y mejores cualidades que el primero.

Así es que nada de estraño tiene que ame y desame tan amenudo, que varie continuamente. Pues buscando en el hombre un ser que la comprenda, un ser en quien depositar el tesoro de pasion que en su pecho encierra,—y estando siempre anhelante de hallarle,—crée facilmente al que sabe adivinar sus deseos, sus intenciones.

Prueba palmaria de esto es que mas confianza le merece el que se presenta a sus ojos hastiado del mundo, gastado ya y desesperanzado de amar, que el que enamorado de veras, vírgen de toda pasion anterior, se le acerca temeroso y desconfiado.

Porque el primero discipulo de ellas mismas, sabe hacer bribar su cuerda sensible; mientras que el segundo ignora el modo de descubrirles el rico manantial de amor que posee.

Describidle á una mujer, por muchos desengaños que haya sufrido, el carácter de un hombre.

Pintadle adornado de las cualidades de caballeroso, arrebatado, valiente, temerario, y la vereis erguirse, animarse, rejuvenecerse.

Si tiene en vos confianza, si tiene en vos la suficiente para comunicaros sus mas íntimos secretos, os confesará que así es como ha deseado siempre al hombre, que así lo quiere.

Y por mas que le enumereis los defectos que á aquellas acompañan, todos serán poco para ella; ó mejor no os creará.

Y ya podeis añadir que ese hombre es voluble, olvidadizo, inconstante; pues os sonreirá de tal manera, os mirará de un modo tan particular y significativo, que en sus ojos y en sus lábios leeréis: «Esto no pasaria conmigo; yo sabria hacerme amar por él eternamente.»

Porque no hay mujer que no se crea capaz de ser una Artemisa para amar; que no se considere con el valor de una Lucrecia para resistir; con la habilidad de una Cleopatra para subyugar.

Así como tampoco hay ninguna que no reuna la suficiente abnegacion de arrostrarlo todo, hasta la deshonra, por el hombre en quien ha depositado su alma, su fé.

Todo estriba en el *Don Juan*.....

* * *

La mujer es eminentemente artista.

Verdad es que no sabrá siempre trasladaros al papel sus ideas, á la tela sus concepciones; pero si sabrá distinguir los mas ocultos defectos ó bellezas que una obra encierre.

Y esta cualidad, que no es otra que el sentimiento del gusto, esta parte primordial de la estética, proviene de la facultad que la hemos concedido antes, de la comparacion.

Ella de una mirada rápida, de solo una mirada al través de un espejo, distinguirá las perfecciones ó imperfecciones de una persona.

Y desgraciado de aquel que se presente á los ojos de una mujer mostrando el mas leve lunar, pues por mas que sus circunstancias relevantes encubran, superen aquel defecto, no logrará interesarla.

Y uno de los defectos que mas pronto descubre en el hombre la mujer, es la cortedad, la timidez.

Infeliz del que no sabe insinuarse, de seguro cae en el ridículo, y en llegando á él le es de todo punto imposible levantarse.

Porque este hombre es siempre á los ojos de ella, un sér débil, inferior, que conociéndose indigno de merecerla teme un desaire.

Y la mujer quiere en el hombre un ser fuerte, grande, inteligente, audaz, del cual poder enorgullecerse.

Así es que mas confianza les merece un carácter ruidoso, que un tipo romántico que pase su existencia fija la vista en la morada de su idolo.

Este no logra nunca ser mas que un *pasa tiempo*. Aquel las mas de las veces llega á ser un *contratiempo*.

En resúmen, la mujer nace amando: ocupa toda su vida en buscar el original del retrato impreso en su mente: este debe de ser siempre valiente, generoso, apasionado, inteligente; el que mas cualidades de estas reuna es el que la posee, *mientras no se presente otro que las reuna en mayor número y en mas alto grado.*

Tal es la creencia de —

HOMOBONO.

URSULA.

(Cancion de Gustavo Nadaud.)

En mi cuarto solitario
Dormitaba esta mañana
Paria, triste proletario,
Cuando ví que en la ventana
Se asomaba un duente amigo
Que el cerrojo quebrantó...
Ursula eras, que contigo,
Contigo soñaba yo.

Tu misma cara tenia,
Aunque sí mas indulgente,
Tu mismo seno turgente
Semioculto con maestria,
Tus mismos ojos que amigo
Fuego de amor inspiró...
Ursula mia, contigo,
Contigo soñaba yo.

Su corsé de tu tesoro
Medio ocultaba el encanto;
De sus hechizos, el manto
Guardaba de tu decoro;
Mas de tul era el abrigo
Con que á mí se presentó...
Ursula mia, contigo,
Contigo soñaba yo.

De puntillas á mi lecho
Sonreida se acercaba
Y secretos me confiaba
Su pecho contra mi pecho.
Dichoso amor fué testigo,
Pero otro testigo nó...
Ursula mia, contigo,
Contigo soñaba yo.

Loco despierto, mi prenda,
De amor en el desconcierto
Y ahora te ruego, despierto
Que tu pudor no se ofenda,
Pues saqué solo en castigo
De una ilusion que voló,
Ursula, el sueño enemigo
Que por tí soñaba yo.

NAZARENO.

Lima, Diciembre de 1875.

ARGUMENTO PARA UN DRAMA.

I

El año 1832, Eduardo Mendez, jóven de 28 años, muy bien parecido, de un alma bellisima y de un corazón puro, salia de Freirina camino de la Serena.

Solo marchaba, montado en un caballo de feo aspecto, llevando para su defensa mas bien por costumbre que por precaucion, dos pistolas españolas de chispa, y por únicos bastimentos lo que podia contener un par de alforjas de las mejores que entonces como ahora, producía la Ligua, sobre todo la Placilla, en ese tiempo especie de señorío feudal del célebre ministro Portales.

El primer dia de su camino á la caída de la tarde, le alcanzaron dos viajeros, como él montados no en muy buenos caballos, pero, al parecer, sin los arreos y requisitos necesarios para un largo viaje, sobre todo cuando se tiene que atravesar estensos despoblados.

Eduardo no hizo alto en esta circunstancia ó acaso no la notó, y lejos de sospechar de los desconocidos, se alegró de tenerlos por compañeros.

—Buenas noches, amigo, le dijeron.

—Muy buenas noches, respondió cortesmente Eduardo.

—¿Y á donde *bueno* se dirige usted, amigo?

—A la Serena.

—Seremos compañeros de viaje, pues nosotros vamos al mismo lugar.

—Tendré mucho gusto en ir tan bien acompañado.

—¿Y qué objeto le lleva á usted á la Serena?

—Voy á ver á un tío que allá tengo y que me ha llamado.

—¿No es usted entonces huasquino?

—No. Soy de San Felipe de Aconcagua.

—Y qué ha venido á hacer usted á Freirina?

—A dar un tanteo por estos lugares, y á ver si podia ocuparme ventajosamente, pero nada he obtenido. Esto está mas malo que por allá. Y ustedes con qué objeto van á la Serena?

—Vamos á comprar ganados.

La noche habia avanzado, serian sobre poco mas ó menos las once, cuando uno de los desconocidos dijo al otro:

—Soy de parecer que alojemos, nuestros mozos nos han sacado ventaja y por mas que camináramos toda la noche, no los alcanzaremos.

—Me parece bien, pues mañana de madrugada nos pondremos en camino y les daremos alcance.

Eduardo, en esto vió la cosa mas natural del mundo y agregó de la mejor buena fé:

—Yo convengo, tambien, y ademas puedo proporcionarles algo con qué cenar, pues traigo en las alforjas pan, queso, charqui y cigarros.

—Usted camina como un príncipe.

—No tanto, pero soy hombre prevenido.....

Echaron pié á tierra, desensillaron, cenaron y formaron cada cual una cama de los trebejos del *avio*, á pocos momentos todos roncaban.

II

Al dia siguiente despertaron con los primeros cantos de los *diuca*, ensillaron, y alegres como antiguos amigos, pusieron al galope sus caballos con el objeto de alcanzar á los mozos con el equipaje y *pozuelos*, antes de la hora de comer; pero galoparon inútilmente hasta ya anochecido sin haberse detenido mas que los necesarios momentos para tomar algunos bocados de las provisiones de Eduardo.

No alcanzaron á los mozos, por la sencilla razon que existian solamente en la imaginacion de los desconocidos.

Como en la primera noche, y por el mismo motivo, se alojaron en campo raso á la orilla de una profunda quebrada y á una jornada de la Serena.

Despues de cenar y de conversar algunos momentos, se tendieron sobre sus *pellones* y se durmieron, ó mas p.opiamente se durmió Eduardo, mientras sus compañeros, disimulando que lo estaban, cada cual tenia como un Argos, un ojo abierto.

Convencidos que el jóven dormia con la tranquilidad de un alma pura, y con la satisfaccion de estar, sino entre amigos al menos entre jente honrada y agradecida á sus cortos servicios, se alzaron sin formar ruido, se retiraron á alguna distancia, y una vez allí, dijo uno al otro:

—Si no nos resolvemos esta noche, mañana ya es imposible, porque estamos á pocas leguas de la Serena.

—Tienes razon; de dia puede defenderse, porque lleva dos trabucos.

—Parece persona acomodada.

—A lo menos por el *erraje* que no vale menos de tres onzas.

—Es seguro que lleva dinero.

—Quien camina armado no anda sin medio en los bolsillos.

—No hay mas que dar el golpe.

—Convenido.

Cada uno de los desconocidos, que eran desalmados bandidos, cojió una gran piedra, las mas grandes que pudieron haber, y con pasos de animales felinos se dirigieron al lugar donde dormia el desgraciado Eduardo.

Entónces sucedió una cosa horrible, se sintieron dos golpes semejantes al de un combo descargado sobre un objeto elástico y maleable, se oyó un grito, un quejido y un ¡ay! indescriptible.

Y todo volvió á quedar en silencio como ántes.

La aurora con su tenue luz aparecía en el horizonte.

—Ya está despachado, dijo uno de los bandidos, con sonrisa de satisfaccion.

Y por si no lo estuviera, respondió el otro, allá va una pildora, y sobre el cráneo le descargó un pistoletazo, á boca de jarro, con una de las pistolas del infeliz Eduardo.

—Arrojémosle á la quebrada.

—Me parece bien, pues estamos cerca del camino, y